

*Cronopios en la costa*  
*Ángel Martínez García-Posada*

Cualquier arquitecto que sin haber conocido antes su planta haya visitado por primera vez algún proyecto o ciudad interesante, tal es aquí el caso, sabrá de la atracción embriagadora que nos convierte en continuidad en lectores y escritores: al estudiar, y sentir, lo que otros han ideado, habitamos arquitecturas ajenas, proyectándolas acompañados y a tiempo real. A este tipo de arquitecto atento y curioso, así el lector que transita estas páginas como residente o turista, en escenarios propios o ajenos, habrá de ocurrirle como a un escritor en sus lecturas: disfrutará de lo que se cuenta y se identificará con el acto de la composición o con las claves, lugares y circunstancias del relato.

Los diferentes edificios que conviven en las calles de nuestra ciudad son como los libros de una biblioteca, de su aleatoria relación de vecindad pueden surgir correspondencias interesantes. La posibilidad de agrupar edificaciones en la yuxtaposición del conjunto de páginas de una guía contemporánea resultará para este mismo lector, arquitecto o sensible a la mirada arquitectónica, a la vez una metáfora enroscada, un pasatiempo constructivo y un paseo sin fin. Como esforzado autor de proyectos y escritos, visitante aficionado de rondas y volúmenes, me he preguntado a veces cómo habría de ser un libro ideal sobre arquitectura y ciudad, en la búsqueda –tan arquitectónica– de la coherencia de contenido y forma. Puede que tal vez no fuera una obra cerrada, con una encuadernación unívoca, anhelando acaso configurarse como una secuencia provisional de hojas, que admitiera distintos órdenes, como un manojo de páginas al viento que éste podría llevarse de modos distintos, entre el azar y una cierta racionalidad inducida, como este mismo intento ha pretendido. Una guía de arquitectura, quizás un simbólico ejemplo de este objetivo, es además un compendio paradigmático de la propiedad –igualmente tan arquitectónica– de convocar el mundo en fragmentos sublimados, aun en una reducida porción del mismo. Este lector aquí invocado, usted mismo, llegado a este punto en que ha concluido su lectura, pensaría también en otras disposiciones resonantes. Esta ficción de papeles al vuelo, sometida a la intemperie como nuestras propias obras, nos permitiría sentir que al barajar edificios en distintas relaciones adyacentes, casas y estantes orbitaran en torno a nosotros, al contrario de lo acostumbrado en vías o bibliotecas, y en esta inversión se subrayara que toda travesía por nuestra ciudad es un hermoso viaje por el conocimiento universal que hace saltar distancias y lugares.

Aquella reflexión de Walter Benjamin sobre el aprendizaje requerido para perderse en una ciudad, alcanza pleno sentido en este entrelazamiento de obras y pliegos. Al tiempo, puede ser verdad aquella otra especulación benjaminiana, “el libro es ya una anticuada mediación entre dos sistemas de ficheros, pues sin duda todo lo esencial se encuentra guardado en el fichero del investigador que escribió el libro, y el erudito que lo estudia lo va asimilando a su fichero”; pero esta meritoria recopilación,

Luis Tejedor Fernández. Maqueta de la casa Labarquilla-Nieto.



heroica por tantas cosas, sea cuál sea el formato en que usted haya podido leerla, prueba la pertinencia, ahora más que nunca, y también por tantas cosas, de estos afortunados empeños. No debiéramos renunciar jamás a la hilazón perfecta de fondo y forma, en lo que se lee como en lo que se escribe, en nuestros paseos o trabajos. Leer o escribir, editar o participar, proyectar libros para proyectar libros para..., es uno de los alientos más coherentes, arquitectónicos y metafóricos que alcanzamos a imaginar en el horizonte. No es cierto lo que pensara Wright, el libro no ha acabado con la arquitectura, sino que la sostiene y la proyecta, como este muestrario colegial felizmente demuestra. Los libros fugan y se expanden en múltiples direcciones, como volúmenes que estuvieran dispuestos en los estantes en abanicos de una sala de lectura de una biblioteca de Aalto.

Por todo ello a usted no le será pues difícil imaginar el desvelo del editor Daniel Rincón de la Vega, así como la ilusión y orgullo cómplice del Colegio de Arquitectos de Málaga; tampoco le resultará lejano el denuedo de las decenas de autores que habitan este libro, habitable a su vez en estos términos. A todos procede hacer extensiva la felicitación. En el estado en que ahora se registra, una de tantas rayuelas posibles, se aprecia el mismo encanto heterogéneo de cualquier paseo por Málaga, escena poliédrica tejida por múltiples historias diversas. Pruebe a dejarse llevar por el recuerdo de la contigüidad de la paginación del estado actual que emparenta, como en ciudades alternativas bifurcadas, visitas distantes: casa hermandad y complejo de estudios sociales y empresariales; ludoteca y centro de investigación; biblioteca y mercado; peluquería y colegio; casa estudio y secado térmico de biosólidos; centro ocupacional y auditorio; en definitiva sinestesias y sinécdoques, literarias y urbanas. El propio Julio Cortázar, en un delicioso suelto de título a propósito, "Conservación de los recuerdos", proponía la distinción entre famas y cronopios, señalándole a usted, y a todos los autores aquí convergentes, entre los segundos. Los famas para conservar sus recuerdos proceden a fijarlos con pelos y señales, los envuelven y colocan contra la pared con algún cartelito; los cronopios, en cambio, seres desordenados, dejan los recuerdos sueltos por la casa, andan por el medio de ellos y a veces los acarician o les hablan. Las casas de los primeros son ordenadas, mientras que en las de los segundos hay bulla constante. Cortázar explicaba que los vecinos se quejan siempre de los cronopios (si bien, sin ellos, como sin los arquitectos, también blanco de quejas impropias, la vida sería menos bella, o no sería), mientras los famas mueven la cabeza comprensivamente y van a ver si las etiquetas están todas en su sitio. Nosotros, como los cronopios, para hacer nuestros los mejores recuerdos comunes y para apropiarnos de libros cómo éste y de lugares como los aquí contados, preferimos ir más allá del orden aparente de las cosas, jugando a desordenar a nuestra manera, entre provechosas singladuras cambiantes por páginas y proyectos.